

Y artífice feliz de su destino,
Aun antes de ser pollo, fué pollino,
Apénas la burrútil primavera
Cerdosas flores dispensó al semblante,
Y la luz racional de su mollera
Amaneció el sindéresis asnante,
Cuando en lid blanda y en disputa fiera,
Alternando la lira y el montante,
Con triunfo igual se confesó rendido,
Marte á su coz, Mercurio á su roznido,
Color incierto al inclito pollino
Del crepúsculo dió la luz dudosa,
De blandas cerdas blanco remolino
Amaneció su frente tenebrosa;
Los zainos ojos con fulgor sanguino
Su majestad aumentan horrorosa,
Y haciendo sombra á las hirsutas cejas,
Se dilatan prolijas las orejas.
Los ámbitos del rostro belicoso
Con la bordada jáquima guarnece,
Y por manto á sus hombros decoroso
La tiria enjalma su estatura crece;
De la herradura el orbe ruginoso
A su sólida planta fortalece,
Y excedidos los céfiros veloces,
Alas les presta, les imprime coces.
Dulcísima lisonja fué del viento
De su voz la canora carraspera,
Y en envidia suave de su acento,
Ecos asnales repitió la esfera;
Ya suspende profundo su concepto,
Ya en agudo roznido le acelera,
Prestando su armonía concertada,
Alma al pesebre, vida á la cebada.
Mal se contiene el ánimo insolente
En el recinto del zafiro undoso,
Y de Ceres el vasto continente
Aun estrecha su pecho generoso;
Hasta el pesebre desprecia fulgente,
Que al Cancro adorna el seno luminoso,
Donde acuerdan gavillas de los cielos
La memoria inmortal de sus abuelos.
La deidad dueña de plumadas tocas,
Que á chismes de metal el orbe altera,
Con la voz enlutada de cien bocas
De trágico clamor pobló la esfera;
Ya publican los huecos de las rocas
Que al rey de la famosa Formentera,
De un vasallo la industria fementida
Le usurpó el cetro, le quitó la vida.
Grandasno, á quien el mundo veneraba,
Néstor mejor de la pollina gente,
Ya al blando yugo de la ley ligaba
Las cervices del pueblo inobediente;
Cuando en tranquila majestad gozaba
De los aplausos que adquirió prudente,
Fué porque á su ambición sirvió de estorbo
Victima del infame Jumentorbo.
Era Grandasno de Burrilda hermano,
Y el pesar de tan lúgubre suceso
En el cariño del monarca anciano,
A no sobrarle, le quitára el seso;
Visten las señas del dolor insano
Del viejo sabio hasta el garzon travieso,
Turbando triste la quietud del polo,
De varios pechos un rebuzno solo.
Triste Babel, de un misero gemido,
Es de asnal paladin el reino todo;
El Senado, en bayetas escondido,
Vierte y enjuga de su llanto el lodo;
La plebe con dolor embravecido,
Sin que á su pena le prescriba el modo,
Sacudiendo las válidas orejas,
Se arranca sus selváticas cernejas.
Es uso antiguo en la nación jumental,
Cuando celebra exequias soberanas,
Que el granado verdor que la sustenta
Ignore su pesebre dos semanas;
Sólo de leve paja se alimenta,
Con que gimen también las tripas vanas;
Que negarse al comer de todo punto
Fuera igualar al vivo y al difunto.

De contrarios afectos la tormenta
Del jóven burro el corazón agita,
El soplo del amor su pena aumenta,
Y el mismo soplo su venganza incita;
Ternezas el amor le representa,
Furores el amor le solicita,
Y el odio en el cariño concebido,
De padre ilustre es hijo mal nacido.
Va coronando la funesta pompa,
Hacia el tímulo régio dirigida,
Donde del pueblo la nativa pompa
Más explica ignorada que entendida;
No permite el dolor que entera rompa
La voz por explicada comprimida,
Y mal cortada de la pena fiera,
El rebuzno hacia dentro y hacia fuera.
De Archiburro los pasos contenía
Capuz prolijo, que sus lomos grava,
Negro penacho en triste lozanía
Con sus largas orejas disputaba;
El volcán del coraje con que ardía,
La tristeza del rostro fomentaba,
Y así llegó á bañar con llanto pio
El asnotafio de su heroico tío.
Los funerales ritos acabados,
A su alcázar el jóven se reduce,
Donde en lucha de afectos encontrados,
Funestos monstruos el pesar produce;
No á que alivie sus miembros fatigados
La noche obliga, ni el silencio induce,
Que del bélico asunto que medita,
El invencible tabano le agita.
Ya cuando las azudas de zafiro
Las soñolientas horas derramaban,
Y del Arturo al perezoso Tiro
Su carro los triones transformaban,
Mal, repugnando al plácido retiro,
Donde nuevas fatigas le aguardaban,
El cuerpo laso derribado bruma
De blanda paja la mullida pluma.
Apénas de Morfeo el cetro blando
Los párpados sellaban soñolientos,
Y el Leteo sus ojos inundando,
Beben dulces olvides sus tormentos;
No bien dormido descansaba, cuando
Alas hurtando á los nocturnos vientos,
En negro bulto, á quien la sombra crece,
De Grandasno la imagen le aparece.
La régia albarda, en tornos dividida,
Las sangrientas heridas ostentaba;
La piel, del negro polvo confundida,
Su rucia majestad dificultaba;
La panza, de los cuervos carcomida,
Injurias de insepulto publicaba,
Y en los ijares torpe matadura
Gritaba quejas de la parca dura.
«¿Duermes, le dice, jóven generoso?
Mal convienen el sueño y el cuidado;
Tú descansas del lecho en el reposo,
Yo en el campestre cieno revolcado.
Despierta, y el acero belicoso,
Que ofendido se queja de guardado,
Cuando en tu diestra triunfos amanece,
A gloria tuya mi venganza empuja.»
Dando un respingo por el aire vano,
Despareció la sombra macilenta,
Y con rebuzno, que sonó lejano,
El dulce sueño de Archiburro ahuyenta;
Con el impulso del iman paisano,
Aun más que late el corazón, revienta,
Y violento en la esfera de su espacio,
La quietud interrumpe del palacio.
Doraban ya los altos chapiteles
Del sol vecino los infantes rayos,
Y compitiendo vientos y vergeles,
Despliegan plumas, anticipan mayos;
A su propicia luz saludan fieles
Con fragantes y armónicos ensayos,
Confundiéndose dulces y suaves,
Pintadas flores y canoras aves;
Cuando con voz convoca disonante
La bocina de régio pregonero

Los senadores que el imperio asnante
Mantienen justo y autorizan fiero;
Cuántos visten la ropa rozagante,
Cuántos empuñan el baston guerrero,
Al declinar la lámpara febea,
Concurran á la asnátil asamblea.
De árbol anciano el pabellón hojoso
Es el sitio á las juntas destinado,
Donde á la sombra de dosel frondoso
Se congrega el magnífico Senado;
Renuevo fué feliz, pimpollo hermoso,
Al fecundo terreno trasladado,
Según antigua fama certifica,
Del fatídico tronco de Garnica.
Ya junto el areopago jumentoso,
Silencio aspira en el ameno llano,
El viento entre los ramos temeroso
Su curso enfrena con obsequio vano;
Todo el bestial congreso respetoso,
Del burro jóven al jumento anciano,
Con serena atención, con faz modesta,
Del Príncipe esperaba la propuesta.
Archiburro en retórica violenta
La expedición propone meditada,
Del frumentario rey la faz sangrienta
Furor imprime á su oración airada;
De Jumentorbo la cerviz exenta
De sus plantas supone conculcada,
Y en la elocuencia que su gesto abulta,
Fué decisión lo que soñó consulta.
Dejó de hablar, y los prudentes viejos
Licencia piden con asnal talante,
Y en la impensada novedad perplejos,
De Anaguirre consultan el semblante;
El cual, norma feliz de los consejos,
Sabio en la guerra y en la paz triunfante,
Por ciencia y experiencia venerado,
Es Catón del cuadrúpedo senado.
Este, con suspensiones ponderadas,
Aumentó las arrugas de la frente,
Preparando en maduras cabezadas
La atención que le observa diligente;
Hirió la tierra en trémulas patadas,
Lustró al concurso en ademán doliente,
Y acabado el paréntesis prolijo,
Estas razones, rebuznando, dijo:
«Las empresas, señor, que el odio traza,
Siempre fueron al juicio sospechosas.
Pues la razón sus luces embaraza
Del rencor en las nubes tenebrosas;
En consecuencias trágicas se enlaza
Quien premisas siguió precipitosas;
Que no sale seguro el argumento
Cuando es la voluntad entendimiento.
»El valor de la gente frumentaria,
Indomable en el orbe la acredita,
Dejando en lides de ambición contraria
Su libertad, con su herradura escrita;
Sufrir el cetro parcial, no tributaria,
Con que al poder la autoridad limita,
Y cuando en glorias y exenciones crece,
Más parece que manda que obedece.
»De aquí le viene á la progenie parda
El privilegio, que constante dura,
Pues sólo viste la marcial albarda
En fieros trances de la guerra dura;
No de peso servil seña bastarda
La deforma con torpe matadura,
Ni al espinazo válido le asusta
El palo inicuo, ni la carga injusta.
»De Jumentorbo el férvido coraje
Los rebeldes espíritus fomenta,
Y en libertad mentido el vasallaje,
Superior manda, cuando igual se ostenta;
Cuando al feroz y rudo paisanaje
De vanas exenciones aliment
A su imperio ignorado, mas seguro,
De cada pecho le fabrica un muro.
»La piedad de nuestro padre ya cadente
Resguardo persuade, no conquista,
Si en el régio laurel resplandeciente,
Ajena sangre su verdor conquista;

Tranquilidades finge lo aparente,
Y las brasas del muerto antagonista,
Aunque en cautas cenizas sepultadas,
Escondidas están, mas no apagadas.
»Si en distantes empresas empeñado,
Llegare de su muerte el trance duro,
Abandonas tu intento desairado
O arriesgas el imperio mal seguro;
El dominio aventuras heredado
Por la incierta esperanza de un futuro,
Y según el refrán de nuestra crusca,
Lo propio pierde quien lo ajeno busca.»
Más fué á decir; pero con furia brava,
Desatando en su voz un torbellino,
Al anciano concurso amedrentaba
Tragacardos, indómito pollino,
Habitador antiguo de la Java,
Marcial honor del género asinino,
Que ya sus vastos lomos hurtó fiero
De la opresión violenta de un yesero.
«La helada sangre de tus flojas venas
(Dice iracundo) tu razón ofusca,
Y con fantasmas de verdad ajenas,
En nuestra infamia tu descanso busca;
Trampantojos retóricos ordenas,
Con que el miedo en los pechos se introduzca,
Buscando conveniencias en el ocio;
Que no hay asno que ignore su negocio.
»Si no hubiera peligro en el intento,
¿Dónde el valor heroico se mostrará?
¿Quién, salpicado del coral sangriento,
El laurel á sus sienes enredará?
Vulgar asunto de vulgar aliento
Las tibeas diligencias ocupará;
Pero en empresas de perenne gloria
Es el riesgo escalón de la victoria.
»De voluntario acusas el empeño
Que inexcusable nuestro pecho abraza,
Y profeta infeliz, con rucio ceño,
En el discurso mezclas la amenaza;
Culpas, espantadizo y zahareño,
La noble empresa que Archiburro traza,
Pesando en las balanzas de tu susto,
Delincuente el valor, al miedo justo.
»Aplaudir el valor del enemigo
Es hidalgo primor de quien combate,
No de quien busca tímido un testigo
Que del oprobio su opinión rescate;
Desate furias ¡tartáreo abrigo,
Con que el triunfo acredite que dilate,
Que no suspenden ímpetus bastardos
El inclito furor de Tragacardos.
»De internas inquietudes el recelo
Cautó ponderas, misterioso indicas,
Y con injuria del nativo suelo,
Un miedo en otro miedo fortificas;
Ingenioso en tu tímido desvelo,
Temores por temores multiplicas;
¿Dónde tus sustos hallarán abrigo,
Si temes al contrario y al amigo?
»Cualquiera (prosiguió, terciando, airado,
El rojo palio que en sus hombros pende),
Cualquiera que el designio meditado
Con timidez sofística suspende,
Del generoso espíritu olvidado,
A todo el mundo jumental ofende;
Que cuando clama del honor la ofensa,
No es asno quien discurre lo que piensa.»
Con semblante, Archiburro, mesurado
El conclave disuelve turbulento,
Y su marcial designio decretado,
Deja del sálío el superior asiento;
En el ameno bosque retirado,
A consulta llamó su pensamiento,
Con quien suspenso y pensativo encierra
En la paz exterior la interior guerra.
Relaja las pirámides pilosas
Pardo diadema de la vasta frente,
De sus ojos las luces jumentosas
Fijas deja en el prado floreciente;
Inmóviles las plantas belicosas,
Y la nariz armónica silente,

Absorto se quedó, de tal manera,
Que á no ser burro, tronco pareciera.
Revuelve en sus asnales suspensiones
El alto asunto que llenó su idea,
Y en alterado mar de confusiones
Su pensamiento jumental ondea;
¡Qué pastos, qué pesebres, qué regiones
Logrará de su estirpe la tarea!
Tan grave peso le debió á su mente
El noble origen de la burra gente.
Del bético discurso arrebatado,
Hiere la tierra su robusta pata,
Donde, de verdes juncias coronado,
Risueño arroyo su caudal desata;
A los impulsos del compas errado,
Que inadvertidamente le maltrata,
Del árbol de Siringa tristes quejas
Llenan de voz y espanto sus orejas.
«¿Por qué, Archiburro, con airada mano
Interrumpes mi trágico reposo,
Cuando fuera el vengarme de un tirano,
Asunto de tus iras decoroso?
Por qué quebrantas el verdor lozano,
Que es de mis miembros tálamo piadoso,
Sin advertir que púrpura parienta
Del hueco tronco la virtud fomenta?
» Ya fué tiempo que en jóven primavera
Pació verdor el que en verdor se oculta,
Del hado inexorable ley severa
Desde jumento en tronco me consulta;
Al crudo filo de la Parca fiera
Túmullo vegetal me sepulta,
Y de los prados el verdor nativo
Esconde muerto el que sustenta vivo.
» Burraldo soy, tu primo sin ventura,
Cuya muerte, de todos ignorada,
Hace que nieguen á mi sombra oscura
Aun el consuelo inútil de llorada;
De Jumentorbo la perfidia dura,
Contra tu régia estirpe conjurada,
Me mató, atravesando estos caminos,
Por medio de dos lobos asesinos.
» No retardes la empresa meditada
Que noble abrigas en el pardo seno,
Y del tirano la ambición armada
Padezca el rayo sin que escuche el trueno;
Con faz benignamente remontada,
La proteccion te guarda de Sileno,
Y el hado, favorable á tu conquista,
En tus banderas la victoria alista.»
Dejó de hablar; y trémulas sus hojas,
Del apacible céfiro movidas,
Eco de sus burrátiles congojas,
Las deja dulcemente repetidas;
Con duras quejas, consonancias flojas,
Alternadas están y confundidas;
Pues con blanda expresion de su lamento,
Tanto como el rebuzno, dijo el viento.
La admiracion del jóven vuelta en ira,
Arde su pecho jumental Megera,
Volcan fumoso su nariz respira,
Con que ardientes rozidos acelera;
Con trote insano por el bosque gira,
Los troncos bate con la testa fiera;
Y quebrantando nisperos y enebros,
Las sandeces compite á Beltenébros.
Más dentro está de sí cuando más fuera;
Que en los extremos de la suerte dura,
Quien los motivos del dolor pondera,
Hace prueba del juicio la locura;
¿Quién resiste al pesar, que no le altera,
En fe de su difícil cornadura?
¿De qué se alaba, si de balde cuerdo,
Quiere pasar por sabio, siendo lerdo?
Ya en la inquieta quietud de su palacio
El grande fin los medios proporciona,
Reduciendo á pequeño cartapacio
Cuanto circunda la burral corona;
Las rentas examina muy despacio,
La paga y los soldados parangona,
Porque seguro sus medidas tome;
Que no hay asno que sirva si no come.

Los aparatos bélicos prepara
Con direccion pausada y diligente;
Que sin estudios, su prudencia rara
Sabe la regla de *Festina lente*;
Los empleos y el mérito compara
Con mano anticipada y providente,
Dejando siempre su eleccion juiciosa,
Ocupado el valor, la queja ociosa.
Extranjeros auxilios solicita
Que al empeño comun concurren fieles;
Que igual á todos la venganza incita,
Como iguales aguardan los laureles.
Desde el jumento livio al asno scita
Prevengan los marciales arameles,
Porque en subsidio de tan justa guerra,
Recreas del mar inundan á la tierra.
De sábias instrucciones prevenidos,
Parten embajadores diferentes,
Que al noble asunto dejen persuadidos
Los monarcas amigos y parientes;
Con correos madura repetidos
La expedicion de la guerrera gente;
Y supliendo el defecto de los trotes,
Cruzan el golfo asnales paquebotes.
Ya para el alto asunto que imagina,
La juventud previene generosa,
En cuyos lomos sustentan maquina
De su fama la imagen portentosa;
La floreciente multitud pollina
A la empresa prepara sanguinosa,
Porque inspiren sus prósperos sucesos
Con diestros leves, con pesados sesos.
Cuanto en dulce soledad habitan,
Huéspedes libres de florido prado,
Y con planta voluble solicitan
Al Bóreas, de su huella despreciado,
Ya entre fatigas bélicas agitan
Con desherrada diestra el Fresno herrado,
Y rebuznando anhelitos marciales,
Aumentan los asnáticos reales.
Cuanto del trigo y la cebada amiga
Dan al robusto lomo carga honrosa,
Y burlando la válida fatiga,
Previenen la bardasca rigurosa,
Ya, sin que el tiempo su galope siga,
Agitan la palestra fervorosa,
Siendo, en noble defensa, transformada,
Su albarda, arnes; su jáquima, celada.
Cuanto de las serviles angarillas
Líquida pesadumbre padecieron,
Y tal vez, impacientes de sufrillas,
Las ánforas sonantes sacudieron,
Ya trazando burrátiles hebillas
Los ataharres bélicos cifieron,
Siendo el que lidia ménos arrogante
Del quinto dios envidia rebuznante.
Cuanto presos en cárcel movediza
Vuelven la noria con el giro ciego,
Y en círculo que afanes eterniza,
Sufren la injuria del cultor gallego,
Ya en curso que su gloria inmortaliza,
Truecan el agua por el marcio fuego,
Porque su diestra, en bélicos sudores,
Desagüe los vivientes atadores.
Cuanto en los magníficos serones
Van de huertas andantes agravados,
Siendo de rudo esparto paladiones,
De pepinos arjólicos preñados,
Para torres de rígidos cartones
Dan cimientto en los lomos dilatados,
Con que en el uso de la guerra imita
Son elefantes de menor cuantía.
Cuanto, en recua mancheguil atados,
Miden la senda en perezosa fila,
Y de injusta bardasca equilibrados,
Enderezan la carga, que vacila,
Del duro cautiverio rescatados,
Previenen oficiosos la mochila,
Y brincando por valles y por cerros,
Trocaron en corbatas los cencerros.
Cuanto de duros cantos oprimidos,
Atlantes de la esfera lapidosa,

Por ásperos repechos conducidos,
Piedra los graba, y los sepulta losa,
Ya los robustos lomos sacudidos,
Agiles burlan su opresion odiosa,
Porque en el peso de marciales lides
Fuese de Atlante sustituido Alcides.
Cuanto, atados en servil tahona,
De Ixion imitaron el tormento,
Explicando en su lánguida persona
Del quebrantado grano el molimiento,
Ya ensayando la bética chacona,
Tejen el prado en caracoles ciento,
Porque puedan, propicia ó importuna,
La rueda gobernar de la fortuna.
Arde la corte en bélicos furores,
Resuena el aire con horror festivo,
Ya es primavera de tejidas flores
El rucio justacor de paño vivo;
Esconden con penachos discolores
De las orejas el airon nativo,
Y hasta la infante crin, que parda crece,
Con vejeces de Chipre se encanece.
Herido el parche con feroz concento,
Los brutales espíritus incita,
Del alegre clarín el són sangriento
Al más pausado corazon irrita;
Festivas luminarias dan al viento
Los resplandores que el fusil vomita,
Sazonando la muerte de manera,
Que el más cuerdo borrico la comiera.
De asnos mancebos multitud lozana
En pacífica guerra se ejercita,
Y en blandas lides de discordia vana
Los bisoños ardores habilita;
Luce gentil la oposicion paisana,
Que su burrátil pundonor incita,
Y fomentados de festivas voces,
Alternan los mordiscos y las coces.
El fusil, ya en el hombro, ya en la mano,
Airado pende y acertado tira,
El pié redondo con compas ufano
Osado carga, canto se retira;
Ya junto el escuadron estrecha el llano,
Ya disipado sin desórden gira,
Y con lince destreza y furor ciego,
Hacen ensayo de la muerte, al juego.
El breve apresto de la régia flota
De Asnalmarín á la prudencia fia,
Que registró en la esfera más remota
De Tétis la salobre monarquía;
Con peligrosas experiencias nota
Cuanto sagaz su juicio discurria;
Asno que sabe manejar prudente
El baston y la gúmena igualmente.
Del arsenal al puerto conducidas,
Pisan la móvil planta las galerías,
Y de tenaces dientes sostenidas,
La oprimen graves, la desprecian fieras;
Las flámulas, del viento sacudidas,
Dan á la vista vagas primaveras,
Y el lino, ya plegado, ya pendiente,
Leyes impone al húmido tridente.
De pollinos la náutica milicia,
Puebla conoció libre la cubierta;
Cual, ostentando su burral pericia,
Trepó el árbol mayor con planta cierta;
Cual, disfrutando la ocasion propicia,
Ronca tendido con la boca abierta,
Que sin temer las iras del mar fiero,
Hay asno que se aplique á marinero.
Ya dispuesto el marítimo equipaje,
Que armamento llamaban algun día,
La seña esperan del feliz viaje,
Para dejar contentos la bahía;
Ya los ardores del marcial coraje
Violentos la tardanza comprimía,
Y ya con lento pié llega cansada
Mi musa jumentil á la posada.

REBUZNO SEGUNDO.

En tanto la infelice Formentera
Goza, engañada, su exencion activa;

Rota la cincha de la ley severa,
Al peso justo su espinazo esquivo;
Los delitos padece que venera,
Y de su propia libertad cautiva,
En injuria funesta de las leyes,
Tantos como atrevidos, tiene reyes.
Pueblan los montes asnos foragidos,
Y en sus duras malezas embreñados,
Asaltan á los burros desvalidos,
Que atraviesan la senda descuidados;
Contra su especie misma embravecidos,
De jumentos en lobos transformados,
Crece brutalidades su ardimiento,
Si hay más bruto que ser, siendo jumento.
El pollinejo que á su madre sigue,
Del hambre y la fatiga espeluznado,
No con sus quejas ablandar consigue
El furor en sus pechos obstinado;
Su misera inocencia los persigue,
Infesta siempre al ánimo malvado,
Y formando coletos de las pieles,
Comen su carne asnofagos crueles.
No en la quietud tranquila de sus larcs
Guarda el patricio su vejez dichosa,
Pues turban los tumultos militares
El pesebre en que plácido reposa;
A coces le quebrantan los ijares,
Dejando en irrision facinerosa,
De la fecunda presa en menoscabo,
Al asno muerto, la cebada al rabo.
Burla insolente del garzon pollino
Es del jumento anciano la pereza,
Y atravesando pronto su camino,
Le introduce maligna ligereza;
Ata sutil al rabo del mezquino
De tejidas anlagas larga pieza,
Que cuando entre las corvas se embaraza,
Le aguija espuela, y le deshonor maza.
El pupilo, que en misero cercado
Sus jumentiles orfandades llora,
Y en el verdor del alcacer sembrado
Envidiadas herencias atesora,
De zánganos violentos asaltado,
La libertad y el alimento ignora,
Siendo el peso infeliz de las gavillas,
Carga, y no refaccion, de sus costillas.
El furor en el trono colocado,
Triunfa la injuria, la justicia gime,
La maldad es derecho autorizado,
Que hace callar al misero que oprime;
Timido el inocente del culpado,
Con disfraz delincuente se redime,
Porque sólo su bárbara violencia
Reputa por delito la inocencia.
Cansada Juno de su asnal malicia,
Providente castigo le prepara,
Y la serena faz de su justicia
Más sañuda mostró cuanto más clara;
La blanca lluvia que vertió propicia,
Niega rebelde ú desaparece avara,
Y despreciando de la tierra el grito,
Viste á la pena el traje del delito.
La fértil isla, que ocultaba el suelo
A inundacion de súbitas espigas,
Donde Favonio con fecundo anhelo
Del cultor excusaba las fatigas,
Ya motilando su dorado pelo
Del Austro las tijeras enemigas,
Sin ver en sus terrones una malva,
Más que de estéril, se quejó de calva.
La fragante república de Flora
Del aire adusto cetro tiraniza,
Y en vez de aljófar líquido, la aurora
La fulmina con fúvida ceniza;
Cuanto apacible céfiro colora,
El Euro abrasador esteriliza,
Entregando la plebe floreciente
Lánguido cuello á la segur ardiente.
El verdor primogénito de Vesta
En triste palidez muda la grama,
Y la esmeralda rústica depuesta,
Desmaya Dafne su constante rama;

A todo esfuerzo vegetal opuesta
Del aire adverso la invisible llama,
Aun borra en influencias peregrinas
La estéril producción de las espinas.

El origen de súbitos raudales
Niegan del aire las instables fuentes,
Y dejan los perenes manantiales,
Desmentidas al monte sus corrientes;
Del centro fugitivo los cristales
Vuelven al centro en cauces diferentes,
Para negar de Témis el quebranto,
Aun el consuelo misero del llanto.

Nunca de Juno turban el semblante
Tejidas nieblas, fáciles vapores,
Ni en sus campos, con urna crepitante,
Esparce Acuario líquidos furios;
No al Aries los favonios espirante
Dan la fecunda vida de las flores;
Que de Nemea el animal rugiente
Zodiaco es de Febo permanente.

Del corvo hierro el surco repetido
Signe en pródigo afán mano cultora,
Y el áureo dón de Ceres esparcido,
Esperanzas falaces atesora;
No en el húmedo centro recibido,
Fecunda corrupción su sér mejora;
Que en su seno la tierra endurecida
Para muerte común guarda su vida.

Abriendo bocas misera la tierra,
De sus ardores la congoja explica,
Y exhalado el volcán que el pecho encierra,
Su tormento en su queja multiplica;
Cuanto al ambiente que vecino yerra,
Ansioso el labio por consuelo aplica,
En la invisible llama que le enciende
Bebe la sed que desechar pretende.

Con ambas manos Atropos severa
Los estambres burrátiles cortaba,
Y con la sed y el hambre á su tijera
Los rigurosos córtices afilaba;
No permitió que Cloto feneciera
La madeja que pronta devanaba,
Y hasta la misma tela de la vida
Antes se vió cortada que tejida.

De vivas sombras multitud pollina
Vaga los bosques con remisa planta,
Buscando alivio á su aflicción mezquina
Con lengua ardiente y con voraz garganta;
Alcacer delicioso se imagina
El cardo que sus cuellos atraganta,
Y con ramitas de rígidas escobas
Del estómago barren las alcobas.

Rucia ilusión de débil fantasía
El más robusto paladin parece,
En sus ijares triste anatomía
Mengua la panza, y las costillas crece;
Al basto lomo, que canal partía,
Nudosa sierra su espinazo ofrece,
Y la planta que trémula se asienta,
La fantasma derriba, no sustenta.

Aun al triste descanso del gemido
Les dificulta su postrado aliento,
Y en trozos el rebuzno dividido,
Desfigura la voz de su lamento;
Mal de los flacos hombros sostenido,
Derriban el pescuezo macilento,
Sirviendo sólo de explicar sus quejas
El pando ventilar de las orejas.

Cuál en retiros de la opaca sierra
Umbroso refrigerio solicita,
Y las piedades de la enjuta tierra
Con azadon rotundo solicita;
Si el difícil hñmor que el centro encierra,
Tal vez sus diligencias acredita,
Da su lengua, que ansiosa se adelanta,
Envidia, y no consuelo, á su garganta.

Cuál por humedecer su adusta boca,
Lágrimas pide á los yacientes ojos,
Y al escondido llanto que provoca,
De la Parca propone los despojos;
Mas cuando el pecho, con ternura poca,
Prepara triste alivio á sus enojos,

En suspiros ardientes que despiden,
La sed aumenta y el consuelo impide.

De Jumentorbo el ánimo insolente
No cede al peso de comunes daños,
Y contra los castigos impaciente,
Labra de los avisos los engaños;
Esconde ciego la obstinada frente
A la luz de importantes desengaños;
Que el asno que en maldades se hace viejo,
Por guardar la costumbre, da el pellejo.

Remedio busca á la común dolencia,
Que agrava el mal, porque el delito agrava,
Irritando del hado la paciencia,
Contra quien vanamente conjuraba;
En los arcanos de la negra ciencia
Delincuentes antidotos buscaba,
Por medio del insigne Asnalandrujo,
Jumento de nación, de secta brujo.

Este, que de Pitágoras la escuela
Cursó primero, burro silencioso,
Y los misterios que en guarismos ceda,
Penetró agudo, concibió ingenioso,
Después en la región de la canela,
Emulo de sus sabios portentoso,
Aficionado de las negras artes,
Se hizo hechicero, no nombrando partes.

Cuántas virtudes la esmeralda bruta
En botica silvestre deposita,
A los imperios de su mano astuta,
En remedios ó en daños ejercita;
Con las ondas del mar el cielo enluta,
Los astros al abismo precipita,
Y hasta el verdor del alcacer ameno
Le traslada á su prado del ajeno.

Ni la fiera, ni el ave, en tierra y viento,
Le recata el gorjeo ni el bramido;
Que intérprete seguro de su acento,
Oye palabra el que escuchó sonido;
Por más que irracional su pensamiento
Salga en bárbaras cifras escondido,
De sus idiomas lo difícil vence,
Y aún hay quien diga que aprendió vascuence.

Su triste habitación busca el tirano
En los silencios de la noche fría,
Y desnudo del séquito paisano,
Sólo su esfuerzo le hace compañía;
En ignoradas sendas cruza el llano,
Siendo su pena de sus pasos guía;
Y cuando soñoliento el sol despierta,
Pulsa del mago la cerrada puerta.

Yace una gruta ó cóncavo nativo,
Bostezo horrible del averno oscuro,
Al pie de un monte, que gigante altivo,
Soberbio asalta el estrellado muro;
Emulo siempre al resplandor activo,
Impidiendo de Febo el rayo puro,
Da á la cueva su inmensa pesadumbre,
Eterna noche con eterna cumbre.

Aquí de Asnalandrujo la persona
Puebla de soledad el seno triste,
Y con mudos candados aprisiona
El pueblo de fantasmas que le asiste;
Con monjiles de dueña quintañona
Los carcomidos paredones viste,
Y el suelo cubren víboras airadas,
Menos nocivas, pero más calladas.

Al primer toque de la mano fuerte,
Corrió la puerta el bastidor frondoso,
Y apareció el teatro de la muerte,
Cuanto patente más, más pavoroso;
Los aparatos lúgubres advierte
El tirano, irritado de medroso,
Y cuando el paso adelantar intenta,
Así el negro vestigio se presenta.

La intonsa barba el pecho le inundaba,
Carácter de su asnal fisonomía,
La blanca crin á trozos enlutaba,
De negros humos fúnebre atauxia;
Vario despojo de pantera brava
Con horrible decoro le cubría,
Y de muerta culebra torpe funda
La viviente coraza le circunda,

Con breve ruego, que soberbia espira,
Su pena Jumentorbo le propone,
Y el mago, que pausado se retira,
Muda obediencia á sus pisadas pone;
Con lenta huella por la estancia gira
Hasta el íntimo seno en que compone
De antorcha funeral la luz oscura,
Funesto día, en quien la noche dura.

Grueso cordon, de víboras tejido,
Suspende por los piés hambriento lobo,
Cuyo cuello voraz entumecido
Gime suplicio el que amenaza robo;
De su furia gravado y sostenido,
Alternando el despeño y el corcovo,
Corta los aires con rabioso gesto,
De infiel columpio volatin funesto.

Asnalandrujo con ligera planta
Clava en su testa los obtusos dientes,
Trasladando á su férvida garganta
Del bruto los espíritus ardientes;
Y duplicados, con fiebre tanta,
Del pecho los ardores impacientes,
Oscuras voces á gruñir empieza,
Que aún al rebuzno añaden aspereza.

«¡Oh tú, que de los sótanos calientes
(Clama severo) la región habitas,
Rey atezado de las tristes gentes,
Que en suplicios eternos ejercitas;
Tú, que por arcaduces diferentes
Los espíritus sorbes que vomitas,
A quien consagran Atropos y Cloto
La informe tela y el estambre roto!»

«Tú, que en ardores del eterno estío,
Comes de cisco sin beber de nieve,
Y con fuego y sin luz, tu reino umbrío
Del crepúsculo ignora el rayo breve;
Tú, que al rigor del testamento impío,
Con pena grave, sin alivio leve,
Contento vives de tu suerte negra,
Sólo por verte libre de tu suegra;

«A la imperiosa voz de mi conjuro,
Deja ¡oh Pluton! la bóveda funesta,
Y huésped repugnante del sol puro,
Preven á mi pregunta tu respuesta;
¿No vienes? ¿No? Pues de mi acento oscuro
Sabrá rendirte la canción funesta,
Pues ni del diablo la protervia impía
Se librará de un asno que porfia.»

Nadie responde al brujo rabicano
(Que se hace sordo el diablo á quien le ruega),
Por más que estrecha con precepto insano
Los pueblos de la cálida Noruega;
Y mal rendido de su esfuerzo vano,
De vergüenza feroz, con ira ciega,
Abandonó las furias del abismo,
Y por más diablo, se llamó á sí mismo.

Del lobo en las entrañas palpitantes
Oráculo consulta mondonguero,
Dividiendo los miembros espirantes
Con los roñosos filos de un jiñero;
De la vida en los senos más distantes
Examina sagaz el rojo agujero,
Y en membranas de injusta pepitoria,
Leyó del pueblo la fatal historia.

De amarillez el hígado teñido,
Con oscuras estrellas se pintaba;
El pulmón, en sus fuelles escondido,
Las teclas del aliento sepultaba;
Del diestro lado el corazón herido,
En cárdeno licor se desangraba,
Pero el siniestro, que robusto hervía,
Con amenazas de carmin latía.

«Nuevo mal, Jumentorbo, nuevo estrago
(Clama despavorido Asnalandrujo),
Ya cumple la tragedia en el amago
De las estrellas el contrario influjo;
Ya pisan libres el tridente vago
Selvas nadantes que la suerte indujo,
Por quien adverso Júpiter destina
Del orbe pollínico la ruina.

«¡Oh, cuánta sangre á las burrales venas
Sacarán las lancetas militares!»

«¡Oh, cuánto han de infamarse las arenas
Con los mondados huesos de tus pares!
Ya, Onopoli infelice, tus almenas
Desamparán los dioses tutelares,
Y tus muros, que al cielo se atrevieron,
Serán prision de quien defensa fueron.

«¿Qué furor (¡oh jumentos belicosos!)
Las consanguíneas diestras arrebató,
Y en trances torpemente generosos
Tanta parienta púrpura desató?
¿Por qué agujais los hados presurosos
Con vil codicia de victoria ingrata,
Para que rompan las costillas duras
De pata igual, iguales herraduras?»

«¿Adónde (¡oh Jove!) el misero gemido
Podrá librarse del rigor del hado,
Si aún contra nuestra especie comovido,
Su catástrofe tienes decretado?
¿Dónde el mortal, de penas combatido,
Contra tus iras hallará sagrado,
Si no le basta (¡oh Jove riguroso!)
Aun el ser asno para ser dichoso?»

«Deja la tierra, insigne Jumentorbo;
Huye á la mar, si el hado lo permite,
Antes que de la Parca el filo corvo
En tu rebelde estambre se ejercite;
No tu valor, con delinciente estorbo,
Las cóleras de Júpiter irrita,
Y huyendo de las plumas del destino,
Nade delfín el que trotó pollino.

«—¿Cómo (responde) al pecho redomado
La ignominiosa fuga le aconsejas,
Si el estruendo del orbe desplomado
No moverá mis sólidas orejas?
Por más que apriete Júpiter airado
Con nuevas cinchas mataduras viejas,
Constante aguardo su furor infesto;
Que no es buen asno el que escarmienta presto

«La saña de las furias infernales
Muerto me podrá ver, mas no vencido,
Ni en mis angustias logrará mortales,
Aun el misero triunfo del gemido;
Despreciando los bienes y los males,
A la infausta palestra me convido,
Y exento siempre del rigor del hado,
Viviré muerto, pues viví matado.

«Tú, que la tez del golfo sosegada
Soplo de contrabando la introduces,
Apagando con noche anticipada
Del sol purpúreo las infantiles luces;
Tú, que á la alberca llenas estrellada
Del mar con los distantes arcaduces,
Y burlando pragmáticas celosas,
Sacias la sed de las enjutas osas;

«Desata en las campañas cristalinas
Los pellejos del griego cauteloso,
Y la enemiga flota que imaginas
Sepulta en el abismo proceloso,
Cuanto á las empresas peregrinas
Elevaron su espíritu medroso,
Padezcan con gravámen importuno
Las vastas aguaderas del Neptuno.»

Su auxilio el mago vacilante ofrece,
Y el tirano, que airado se despiden,
Con huella que distancias desaparece,
El pedrajoso laberinto mide;
Su obstinación con su peligro crece,
Y ya en la junta que feroz preside,
Para reglar la prevenida guerra,
Con los rebeldes sátrapas se encierra.

El ardor de los pechos arrogantes
Con afectada persuasión concita,
Viendo la prontitud de sus talentos
Con zainas letras en su gesto escrita;
Los peligros pondera más distantes,
Con torpes miedos su coraje irrita,
Y hostigando los ánimos atroces,
Más que palabras, pronunciaba coces.

Impacientes las bestias generosas
Sus elocuentes pullas escuchaban,
Y alternando las patas bulliciosas,
La inquietud de sus pechos explicaban;

Hinchadas las narices silenciosas,
Balbucientes rozidos murmuraban.
Perdóneme la frase de susurros;
Que no es la miel para los labios burros.
Si trueno fué la persuasión airada,
Rayo fué la respuesta embravecida,
Y al estrago la furia conjurada,
Quedó, por más discorde, más unida;
Guerra suena la playa batanada,
Guerra pronuncia la montaña herida,
Y hasta en la voz que por los aires yerra,
Es el rebuzno del rebuzno *Guerra*.

Ya la indómita plebe frumentaria
Para el certámen bélico se alista,
Y despreciando la invasión contraria,
Burla soberbia su burlal conquista;
No el infiel giro de la rueda varia
A su rebelde espíritu contrista,
Pues sus violentos tornos asegura
Con el clavo menor de su herradura.

La fama de regiones peregrinas
Trajo al socorro varios caballeros,
Que de Marte en las duras oficinas
Ilustran sus burrátiles aceros;
Esparcen sus proezas paladinas
De su clarín los labios vocingleros,
Dando noble palestra á sus hazañas,
De la segunda Cérés las campañas.

Uno entre todos á la empresa vino,
De zainos hechos y de zurdo trato,
Que conduciendo el escuadrón pollino,
Pisa soberbio el arenal ingrato;
Es el nombre del héroe peregrino
Diracocinto, mulo maragato,
Que diptongo de ambiguo nacimiento,
Ni bien caballo fué, ni mal jumento.

La basta espalda, con pespuntos de oro,
La triangular albarda le cubría,
Cuya figura con marcial decoro
Su maragata especie distinguía;
Los conductos del órgano canoro
Violenta cuchillada le partía,
Por quien pronuncian relinchadas voces,
Justo suplicio de traidoras coces.

Ya los corvos relámpagos de acero
Son del campo cometas brilladores,
Donde guardando á la razón sus fueros,
Usa el furor geométricos primores;
Ya por ardid de su coraje fiero,
Es el arte auxiliar de sus rencores,
Y oprimiendo el volcán nevado engaño,
Modera el odio por lograr el daño.

Archiburro, que en rasgos pachecales
Toda la esfera del valor limita,
En líneas que describe horizontales,
Al enemigo centro solicita;
Jumentorbo, con iras infernales,
Preparando sin arco la sagita,
Canto, le opone de su oblicua espada
La virtud, por unida, mejorada.

Era zurdo el tremendo Jumentorbo,
Y así el ángulo recto aborrecía,
Y con insidias de su acero corvo
Las enemigas puntas rebatía;
Los tercios gana del fatal estorbo,
Y á conclusion violenta procedía;
Pero le deja su designio vano
Falta de dedos su robusta mano.

Ardiendo el pardo en ira generosa,
Al zurdidiestro impávido acomete,
Y en diagonal injuria fervorosa
Burla defensas de bruñido almete;
El diestro airon de la cimera umbrosa
Borda cortado el florido tapete,
Y duplicando causas á sus quejas,
Quedó zurdo también de las orejas.

No así de Hircania el céfiro manchado
Aumenta en rabias el matiz nativo,

Cuando, de sus cachorros despojado,
Al cazador persigue fugitivo;
No don Sancho de Azpeitia el afamado
Cantabrizó coraje más activo,
Cuando dobló su sólido cogote
La tajante segur de don Quijote;
Como el turno cuadrúpedo, inflamado
En las voraces llamas de Megeira,
De si se olvida por dejar vengado
El honor de su viva cabellera;
Y el asnaquino método olvidado,
Fulminando la bética espetera,
Abrió en el pecho al émulo valiente
De coral jumentoso noble fuente.

El pardo, que en su púrpura vertida
Más espíritus cobra que derrama
Por la pequeña puerta de la herida,
De sus rencores avivó la llama,
Y en nunca reparada zambullida
Prolongando su fúlgida carama,
Porque pague á la Parca negros censos,
Le descerraja el cofre de los piensos.

Pródiga baña la palestra dura
De la alma roja trágica corriente,
Y la vida, que al tránsito apresura,
Sólo de su coraje está pendiente;
Vacilando la válida estatura,
Aun en los cuatro pies está cadente,
Y en inútil arrimo transformada,
Báculo apenas es la que fué espada.

Sólo á vengarse, no á vivir, aspira
El negro burro, de consejo falto,
Y aun el desmayo, introducido en ira,
Al héroe intima el postrimer asalto;
Todo el nativo guardarnes conspira;
El que tropiezo fué, se admira salto,
Y sobre el pardo, en ímpetus atroces,
Llueve mordiscos y graniza coces.

Archiburro, en compas siempre medido,
Los villanos insultos evitaba,
Y con aguja de puñal buido
La albarda natural le pespuntaba,
Hasta que al fin postrado y no rendido,
Victima noble de su furia brava,
Cayó con formidable batacazo
El ya cadáver del tremendo asnazo.

Gime con ecos flébiles la tierra,
Oprimida del bárbaro coloso,
Y el alma bruta, que sus miembros yerra,
Mal desampara el pecho generoso;
Mas ya en rebuzno que el abismo atierra,
Huésped de su centro tenebroso,
Del Orco, que en su seno aun no la abraza,
A las tartáreas sombras amenaza.

Cortadas, pues, en el certámen crudo
La cabeza mayor del pueblo insano,
Ya de la lanza en el extremo agudo
Ilustra fija la enemiga mano;
De añoso roble viste al tronco rudo
De la cribada piel despojo vano,
Y circundado con adorno feo,
Parece apodo lo que fué trofeo.

La frumentaria hueste disipada
Desampara sus inclitas banderas,
Y por bosques y grutas sepultada,
La viste su temor plumas ligeras;
No retarda su fuga disparada
El iman gavillado de las eras,
Y el dolor en el miedo contenido,
No se atrevió el rebuzno á ser gemido.

La muralla de Onópoli famosa,
Del temblor temeroso desplomada,
Le dió brecha espontánea y espaciosa,
Del pardo á la malicia concertada;
Ya la burlal insignia victoriosa,
Por intrépida diestra enarbolada,
Es, sobre sus almenas tremolando,
Serico juego del favonio blando.

Vive ¡oh feliz! por quien la parda gente,
Símbolo ya de esclavitud obtusa,
En padrones de mármol elocuyente
Su gloria por el orbe ve difusa;

Vive, ¡oh! vive, y la fama reverente,
De tus hazañas vocinglera musa,
Cuando tu nombre á los futuros rompa,
De tu rebuzno formará su trompa.

A MI PENSAMIENTO.

Errante pensamiento,
Que con ligeras alas,
Huésped del orbe todo,
Sólo eres peregrino de tu patria,
Suspende un poco el vuelo,
Y alguna vez, de tantas,
Escúchate á ti propio,
Si cabe tu delirio en tus palabras.
¿Qué implicación es ésta,
Que con fatigas vanas,
Es la inquietud tu centro,
Y en tu misma inquietud aún no descansa?

¿Buscas el bien? No hay duda;
Pues tu violencia blanda
Es el iman que inclina
El voluntario fiel de tu balanza.
¿Sabes el bien que buscas?

No. Pues ya no me espanta
Que encuentres al engaño
Cuando llevas por norte la ignorancia,
¿Qué noticias, qué señas
Llevas á empresa tanta,
Si para conseguirla
Sólo el mérito tienes de ignorarla?

No á los sentidos oigas;
Que es pretensión errada
Que conozca el sentido
Lo que al entendimiento se recata.
Sus vanos coloridos,
Con perspectivas falsas,
Hechizos de los ojos,
Y llanto son de la razón burlada.

A la sed del deseo
Sirven copas doradas,
Que en mentidas lisonjas,
Brindan dulzuras, y venenos guardan.
Sueño de los despiertos
Son sus necios fantasmas,
Cuya falaz ventura
En el punto se pierde que se alcanza.

Aun la verdad que dicen,
Mentira es disfrazada,
Pues viene á desmentirla
El instante que dura el pronunciarla.
La esfera del sentido,
Cuando empieza, se acaba;
¿Cómo será en los bienes,
Si aun es para los males limitada?

Basten ya tantas horas
Neciamente gastadas,
Solicitando riesgos,
Que primero que adulan, desengañan.
¿Dime si algún instante,
Tu gloria imaginada,
En la paz que fingías,
No te acordó la guerra que negabas!

Los cristales fingidos
De tus fuentes soñadas
A tu sediento labio
Sirvieron fuego, si brindaron agua.
Como á la luz serena
Que esparce la mañana,
Al relámpago sigues,
Que ostenta, más que lúces, amenazas.
Al conseguir la dicha
Que anhelaban tus ansias,
El logro del deseo
Fué suplicio infeliz de la esperanza.

Incanto pajarillo
Busca la verde rama,
Y es prision de sus plumas
Lo que creyó descanso de sus plantas,
Rapaz inadvertido
Oprime aguda espada,

Y halla mortal herida
Donde luz halagüeña imaginaba,
¡Sustos al conseguirla!
¡Fatigas al buscarla!
No es gloria la que aflige,
No ménos conseguida que esperada.
Malogrados los días,
La razón engañada,
La libertad violenta,
Y todo sin el todo que buscaba.

La continua tarea
Con que tus hierros labras,
Lástimas de infelice
Malogras con las culpas de obstinada.
Estudia mejor libro;
Que es costosa enseñanza
Aguardar que te enseñe
La necia discreción de la desgracia.

Conócete á ti mismo,
Y con prudencia canta,
Desde el mal que te sobra
Pasarás á la dicha que te falta.
Pero si á ti te ignoras,
Es locura obstinada
Anhelar una dicha
Que no sabes si en ti será desgracia.

Esa fuerza invencible
Con que al bien te abalanzas,
Antes de conocerla,
Será tu precipicio ejercitarla.
Cuando el bien cierto sigues
En apariencias falsas,
El vuelo en que le buscas
Es el conato con que del te apartas.

¿Quién eres y á quién buscas?
¡Oh Providencia sabia,
Que ilustrará, sabida,
La verdad que me alumbró aun ignorada!
¿Qué oculto bien es éste,
Que en criaturas tantas,
En ninguna responde,
Y para que le busque, en todas llama?

Si en la tierra le buscas,
Su firmeza retrata;
Pero no vive exenta
De la inviolable ley de la mudanza.
Si en el mar, por inmenso,
Tus atenciones paras,
Para llorar tu engaño,
Te dará los raudales de sus aguas.

El viento te murmura
Con la voz de sus auras,
Que busques el sosiego
En la esfera fugaz de la inconstancia.
Si el fuego solicitas,
Cual mariposa incanta,
Por gloria de sus lúces,
Encuentras el tormento de sus llamas.

Todos el bien procuran,
Y es consecuencia clara
El que en sí no le tienen,
Pues nadie solicita lo que alcanza.
¿Qué dicha es ésta, cielos,
De condicion tan rara,
Que ni puedo adquirirla,
Ni cabe en mi poder el no buscarla?

Si eres bien, ¿cómo afliges?
Si eres mal, ¿cómo arrastras?
¡Oh misterio, que mudo,
Explicas más allá de lo que callas!
¿De qué le sirve al ave
Batir la pluma osada,
Si la pihuela (1) burla
El conato ligero de sus alas?

Ni despreciarla puedes,
Ni á conseguirla bastas;
¿Cómo será esta dicha,
Que ni puedo saberla, ni ignorarla?

(1) Término de cetrería, que significa la correa con que se sujetan los pies de las aves.